

chó con paso firme al lugar del suplicio, y recibió el golpe mortal con la sublime calma que recuerda á la víctima augusta del Calvario»<sup>1</sup>.

Ya ves, querido amigo, que si la raza de los perseguidores dura siempre, la generacion de los mártires no se ha concluído. Sobre el caldoso revolucionario, como en la arena del anfiteatro, mediando un intervalo de quince siglos, brilla el mismo valor, igual serenidad y certidumbre de que esta vida no es la vida, y de que, por lo mismo, esta muerte no es la muerte.

Guarda este buen pensamiento. En la siguiente responderé á tus nuevas preguntas. Tu afectísimo...

<sup>1</sup> *Noticia de los sacerdotes de la diócesis de Besançon condenados á muerte, etc.*

## CARTA DECIMASÉTIMA.

SUMARIO: Tercer objeto de nuestra correspondencia: *ilustrar*.—Naturaleza íntima de la vida de acá abajo.—Es una prueba.—¿Por qué?—Parábola del Evangelio, que revela la naturaleza de la presente vida —Destino de esta vida: encaminar á la vida verdadera.—Lo que es la verdadera vida.—Medios de alcanzarla.—Naturaleza de la muerte.—Rasgo de San Carlos.—El cristiano que muere.—Comparacion.—Historia.—Cántico del desierto.

### QUERIDO AMIGO:

Leo en tu carta: «Las dos últimas de usted han rectificado mis ideas sobre la vida y la muerte; puedo asegurarle que mi amor á la vida y mi temor á la muerte, de hoy en más no serán para mí un tormento. Mas dado que esta vida no es la vida, ni esta muerte es la muerte, ¿qué es, pues, la vida? ¿Qué es, pues, la muerte? Necesito que me responda á estas dos preguntas; pero que la respuesta sea neta y fija, para que yo quede bien orientado».

Voy á dártela. Y lo hago con tanto más gusto, como que estas preguntas me conducen naturalmente á desarrollar el tercer obje-

to de nuestra correspondencia, que es *ilustrar*. Sí, ilustrar á los que andan equivocados sobre la naturaleza íntima y el verdadero destino de la presente vida. ¡Ay! Su número es muy grande.

¿Qué es, pues, la vida temporal en su naturaleza íntima y en su destino? En su naturaleza, la vida es una prueba; en su destino, es camino para la vida verdadera.

¿Qué quiere decir *una prueba*? Una prueba es un acto, ó una serie de actos, por los cuales se ve si una cosa tiene ó no tiene las cualidades propias para el fin á que se la destina. Bien sabes que los séres creados no todos consiguen su fin por una misma ley. Los unos van á él necesariamente; los otros deben encaminarse por su libre voluntad; y á éstos pertenecen el ángel y el hombre. ¿Qué es, pues, para el hombre la prueba de la vida? Escucha lo que dice el Evangelio:

«Un hombre, al partirse lejos, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes. Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, á cada uno según su capacidad, y se partió luego.

»El que había recibido los cinco talentos se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo, el que había recibido dos, ganó

otros dos. Mas el que había recibido uno fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.

»Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y les llamó á cuentas; y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: «Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco: he ganado demas. Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

»Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

»Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condicion; siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste. Y temiendo, me fuí, y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo que es tuyo. Y respondiendo el señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro y que allego en donde no he esparcido. Pues

debiste haber dado mi dinero á los banqueros, y viniendo yo habría recibido ciertamente con usura lo que era mío. Y á este siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes»<sup>1</sup>.

Sigue á continuacion el anuncio del juicio final, en el cual Dios hará con todos los hombres lo que el hombre de la parábola hizo con sus servidores. Así, pues, talentos recibidos, es á saber, una alma con sus facultades, un cuerpo con sus sentidos, gracias y criaturas de todo género puestas á disposicion del hombre, que tiene obligacion de ordenar todas estas cosas, y aun á sí mismo, á la consecucion de su último fin; la cuenta que ha de dar de su administracion; el premio ó castigo que ha de recibir según sus obras: tal es la vida presente en su naturaleza íntima.

Observemos de paso, querido amigo, que todo lo de acá se pone á prueba; testimonio cierto de que nada es acabado. A todo lo que rodea al hombre, á todo lo que puede alcanzar, lo hace pasar por la misma condicion que Dios le impone al mismo. Prueba el oro, la plata, las piedras preciosas, las telas, el caballo, el buey, la nave, los puentes, las armas

<sup>1</sup> Math., xxv, 14-30.

de guerra. Después, igual que lo hace Dios, acepta ó rechaza lo que resiste la prueba, ó sucumbe en ella.

El destino de esta vida es servir de camino para la otra. Ya lo hemos probado: la verdadera vida es para el espíritu la plena posesion de la verdad; para el corazon, la plena posesion del amor; para el hombre, la plena posesion del goce, sin mezcla de dolor y sin fin. El hombre ha sido criado para poseer esa vida completa, pues viene de Dios, va á Dios y es imagen viva de Dios, que es la vida por esencia y en toda su perfeccion. Esta vida, siendo una recompensa, debe ser merecida. Tal fué siempre, aún en el estado de la inocencia, la condicion del hombre sobre la tierra. Esta condicion, que entonces era facil de cumplir, hoy es penosa, sin que por eso deje de ser posible.

El hombre, en la persona de Adan, cometió una falta, cuyo recuerdo se conserva indeleble en la memoria de todos los pueblos; y los dos hombres que luchan dentro de cada uno de nosotros son la perenne y triste prueba de aquella falta primera. La culpa trajo consigo la caida. Rebelándose contra el Dios-verdad, perdió el hombre la verdad; rebelándose contra el Dios-amor, perdió el amor; rebelándose

contra el Dios-vida, perdió la vida y halló la muerte.

Esta triple caída podía ser irreparable; mas Dios no lo quiso así. Padre como es, tuvo piedad de su hijo, y para que pudiera recobrar los bienes perdidos, le dejó la vida del tiempo. El hombre actual es, pues, un rey destronado. Su espíritu cayó del trono de la verdad; su corazón cayó del trono del amor, y su cuerpo del trono de la inmortalidad. En vez de estos tres tronos, tuvo la triple esclavitud de la ignorancia, la concupiscencia y la muerte.

Durante, pues, su paso por el mundo, el hombre caído tiene que romper las cadenas de su esclavitud para conquistar la verdad, el amor y la inmortalidad; en una palabra, para conquistar la vida. ¡Conquistar la vida! ¡Lucidos estamos!

De aquí, mi querido Federico, esta respuesta tan sencilla y á la vez tan sublime del más útil de todos los libros; respuesta que debiera estar grabada por todas partes en letras de oro; respuesta que jamás se admirará ni se profundizará bastante: «¿Para qué fin fué criado el hombre? Para conocer, amar y servir á Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra». Ni más, ni menos: he ahí toda la vida de acá abajo.

De estas nociones elementales, ininteligibles hoy para las menguadas inteligencias de los soberbios, y que el niño, por su natural amor á la verdad, se las bebe como la leche de su madre, las comprende sin esfuerzo y retiene sin trabajo, resulta con toda evidencia que esta vida es camino para la vida verdadera.

Y para que llegue á su término, ¿qué tal debe de ser la vida? El divino Reparador de nuestra caída ha dado la respuesta: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*<sup>1</sup>.

¿Qué mandamientos? No los del mundo ni el demonio; no los de las tres concupiscencias, soberbia, avaricia y lujuria, sino los mandamientos de Dios. Ya ves que la verdadera vida no se nos ofrece muy cara. Los mandamientos de la ley de Dios no son difíciles; se reducen á una sola palabra: amar. Amar á Dios, amarle en sí y en sus obras. Amar al prójimo, imagen de Dios; amarle en su alma y en su cuerpo, como nos amamos á nosotros mismos: eso es todo.

La primera condición para guardar los mandamientos es hacer todo lo contrario de

<sup>1</sup> «Si vis ad vitam ingredi, serva mandata». (Math., XIX, 17.)

lo que hoy hace la inmensa mayoría de los hombres; es *tomar la vida en serio*: lo cual, en junto, no es sino conocerla en su naturaleza íntima y en su fin, y hacer de ella el uso que ha querido el que nos la dió y nos ha de pedir cuenta de ella.

Para obtener este resultado, yo no conozco nada mejor que los tres pensamientos siguientes, que te suplico, mi querido amigo, hagas que sean el objeto habitual de tus meditaciones:

Vengo de la eternidad;

Voy á la eternidad;

Yo escojo mi eternidad.

No ménos evidentemente resulta de lo hasta aquí expuesto, que la muerte no es lo que se cree. En vez de ser una potencia enemiga, es la bienhechora de la humanidad; es el fin de esta vida de muerte, y el comienzo de la vida viviente. Decir que es otra cosa, es calumniarla.

Tú no habrás olvidado este hecho de la vida de San Carlos. Los pintores del Renacimiento, copistas demasiado serviles de los antiguos paganos, representaban la muerte bajo la imagen de un horrible esqueleto, armado de su guadaña, para segar con ella sin piedad las generaciones humanas, como se sie-

ga la yerba de los campos, sin dejar nada de ella. Semejantes cuadros desterraban la noción cristiana de la muerte. El gran Cardenal hizo suprimir la guadaña, y la reemplazó por una llave de oro.

¿Qué es, pues, me preguntas, el cristiano que muere, y muere como cristiano?

¿Ves á ese rey caído, que, en medio de las aclamaciones de sus pueblos, sube otra vez á su trono para no caer más? Eso es el cristiano que muere.

¿Ves á ese pobre anciano, estropeado, sufriente, cubierto de harapos, con su morral á la espalda, su palo en la mano, mendigando el pan de puerta en puerta, continuamente despedido, y siempre condenado á las más duras privaciones? ¿Le ves de repente nadando en la abundancia, magníficamente vestido, con casa magnífica y delicada mesa? Eso es el cristiano que muere.

Fíjate en ese infeliz prisionero, que sólo el verlo mueve á compasión. Hace sendos años que, encerrado en negro calabozo y cargado de cadenas, no tiene otro alimento que un pedazo de pan malo, bañado en sus lágrimas, ni otra bebida que agua fétida, ni otra compañía que los insectos, la soledad, las tinieblas y los crueles cuidados. De pronto caen

sus cadenas y se abren delante de él las puertas de su prision. Se acabaron los temores, se acabaron las congojas, se acabaron los sufrimientos: ha quedado libre, y libre para siempre. Eso es el cristiano que muere.

Conoces la vida del viajero intrépido, amante apasionado de la ciencia. Después de haberse preparado con largos estudios y penosas vigiliass, parte para explorar sucesivamente, con detrimento de su salud, y aún con peligro de su vida, las abrasadas regiones del Africa Central y las heladas montañas de las Américas, á fin de sorprender á la naturaleza algunos de sus secretos, ó de encontrar la solucion de algunos problemas y hacer progresar la ciencia algunos pasos, descubriendo alguna particulilla de verdad. Cuando ménos lo esperaba, la verdad misma se le aparece toda entera iluminándole con sus rayos, dándole la solucion de todos los problemas, y no dejándole oscuridad alguna ó incertidumbre sobre el pasado, ni el presente, ni el porvenir, ni el mundo moral, ni el físico. ¡Calcule el que pueda los trasportes de gozo de tal hombre! ¿Quién es ese viajero? Es el cristiano que muere.

Estamos en el puerto de Marsella, donde entra á velas desplegadas un hermoso navío.

Todo el mundo se fija en él y pregunta por su nombre. Brilla la alegría en todos los semblantes: es un hijo de Marsella, capitán de largos viajes, que habiendo recorrido vastos mares, y visitado inhospitalarias playas, y sufrido veinte tormentas, y agotado sus fuerzas luchando contra el furor de las olas, y defendiéndose de los piratas, llega sano y salvo á pisar la playa de su patria con su buque cargado de preciosas mercancías. ¿Quién es ese viajero? Es el cristiano que muere.

Volvemos á París y entras conmigo en cualquier hospital. Estás viendo á derecha é izquierda de sus vastas salas esas largas filas de camas, en que yacen pobres enfermos de todas las edades, devorados por la fiebre, privados del sueño, estropeados, contrahechos, que apenas pueden hacer ningun movimiento sin sufrir dolores intolerables, sometidos á operaciones crueles, y sin seguridad de curar. ¿Puedes calcular la dicha de uno de estos enfermos que llegara á recobrar la salud completa de repente con la certidumbre de no perderla más? ¿Quién es ese enfermo? Es el cristiano que muere.

Así comprendía la muerte aquel leproso, heroicamente cristiano, cuya historia te voy á contar. Yendo de caza un gran señor, se

empeñó en perseguir una cabra montesa, y se apartó mucho de su gente. En medio del bosque oyó una voz humana, que cantaba con agradabilísima melodía. Sorprendido de oír tan dulce canto en tan solitario lugar, quiso saber qué era aquello. Encaminó su caballo hácia donde venía la voz, y se encontró delante de un leproso, tan desfigurado en todas las partes de su cuerpo, que las carnes se le caían á pedazos.

Quedó espantado al verle; mas triunfó de sí mismo, se acerca al leproso, le saluda afablemente, y le pregunta: ¿Es usted el que cantaba?—Sí señor.—¿Y de dónde saca usted tan hermosa voz?—Es mi voz natural.—¿Pero cómo puede usted cantar, hallándose en el estado tan lastimoso en que le veo?—Entre Dios y yo, respondió el leproso, no hay otra separacion que este muro de barro, que se llama mi cuerpo. Cuando se haya hundido, nada me impedirá ir á gozar de la eterna bienaventuranza en el seno de mi Dios. Y como todos los días veo caer pedazos de este muro, la alegría que me da el ver cómo se viene abajo me hace cantar; espero con ansia el momento en que se hunda del todo; momento bendito, en que mi alma, separada de mi cuerpo, irá á saciar su sed en

la fuente misma de la felicidad inmortal <sup>1</sup>.

¿Qué más diré? El cristiano que muere es el escolar que se va de vacaciones. A la edad que tienes, sientes tú más vivamente que yo lo que se goza al salir de la prision, que se llama colegio, para no oír el ruido importuno de la campana que te saca de la cama con sueño, y pone fin de repente á los ratos de recreo, llamándote á estudios áridos bajo la vigilancia de un maestro severo; lo que se goza cuando se vuelve á ver el país natal, y se abraza á los padres queridos, y se dispone por unos meses de la llave del campo. ¡Oh, si eso durara siempre! Pues bien, para el cristiano que muere, las vacaciones no tienen fin.

¿Qué es, finalmente, el cristiano que muere? Es un desterrado que vuelve á su patria. Frecuentemente habrás visto, lo mismo que yo, estos años pasados, en las calles de París, á un joven, cuya tristeza, grabada en su bello semblante, excitaba la compasion: era un desterrado. Hijo de noble casa, y criado en medio de la opulencia, se había visto despojado de todo, y precisado á buscar en extranjera tierra dónde reclinar su cabeza. No

<sup>1</sup> Flor. de Henriq. *Grand.*, lib. iv, cap. lxxviii.

obstante la seguridad que aquí tenía, la hospitalidad leal de que disfrutaba distaba mucho de hacerle olvidar su patria. Obligado á vivir de limosna, ó del trabajo de sus manos, sin poder soportar faenas duras, conocía muy imperfectamente la lengua del país, y no encontraba pensamientos que correspondieran á sus pensamientos, ni boca que le hablara amorosamente de su país natal, de su padre, de su madre, de sus hermanos y hermanas; estaba, en fin, como una alma en pena.

Pues bien; llegó un día que supo que su destierro había concluido. Parte inmediatamente, y el vapor no lo trasporta con tanta rapidez como él desea al lugar que le vio nacer, y donde le espera con caudal cuantioso una familia tiernamente amada é impaciente de abrazarle. El júbilo de su regreso no lo puede explicar mi pluma; sólo el corazón puede columbrarlo. ¿Quién es ese desterrado? Es el cristiano que muere.

Desterrados como somos también nosotros, escuchemos el canto del desterrado del cielo. Salido del inspirado corazón de uno de nuestros Padres más antiguos, este largo suspiro. al cruzar los siglos, no ha perdido nada de su misteriosa majestad. Es siempre antigua y siempre nueva la causa que lo produce.

«El mundo para mí no vale nada. Yo no soy acá bajo sino un extranjero, huésped de un día. Con ansia llamo al día que me devuelva á mi patria, me saque de este destierro, rompa las cadenas del tiempo y me coloque en el reino de los celestes goces. ¿Qué hombre, arrojado á lejanas playas, no tendría prisa de volver á su tierra? ¿Qué navegante, ansioso de ver á su familia, no desearía con anhelo un viento favorable para abrazar cuanto ántes á los que ama su alma?

»El cielo es mi patria: los Patriarcas son mis padres. ¿Cómo no he de tener prisa de ver mi país y saludar á mis padres? Espérame allí multitud de seres queridos. Allá me llama la numerosa reunión de padres, hermanos, amigos, hijos, seguros ya de su inmortalidad, pero todavía solícitos de mi salud. ¡Qué gozo para ellos y para mí volvernos á ver, volvernos á abrazar!

»¡Qué deleites los de aquel reino celestial! No hay allí temor de morir: es eterna la vida. ¡Qué suprema, qué incomprensible felicidad! Allí el coro glorioso de los Apóstoles. Allí la reunión bendita de los Profetas, extasiados de ver lo que anunciaron. Allí la muchedumbre innumerable de los mártires ornando sus sienes con la corona de vencedo-



res. Allí las vírgenes triunfantes, noblemente victoriosas de la carne y los sentidos. Allí los misericordiosos, recompensados de sus obras de caridad; bienaventurados, que fieles á los preceptos del Señor, giraron para la tesorería del cielo su patrimonio terrestre.

»Apresurémonos, hermanos amadísimos, por llegar allá, á fin de que cuanto antes los veamos á ellos y al Señor» <sup>1</sup>.

¡Y hace cuatro siglos que se le está repitiendo á Europa que no hay poesía en los Padres de la Iglesia, como se le dice que no hay arquitectura en los siglos cristianos! Tengamos lástima de los que no conservan más que un ojo, dice San Agustín, y agradezcamos al Señor el habernos dejado los dos.

Tenlos muy abiertos para que contemples el espectáculo que te presentaré en la siguiente carta.

Tu afectísimo...

<sup>1</sup> San Cirilo, *De Immortalit.*

## CARTA DÉCIMOCTAVA.

SUMARIO: Cuarto objeto de nuestra correspondencia: *dar ánimo*.—La tierra de los vivientes.—Lo que es.—Por qué se llama así el cielo.—Hermosa filosofía del Símbolo.—Tres plenitudes de vida: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración —Allí todo vive.—Vive el espíritu: conocimiento del pasado y del presente.—Conocimiento del mundo material y del moral.—Conocimiento instantáneo y sin trabajo.—Goces del espíritu.—En la tierra de los vivientes todo es luz.

### QUERIDO AMIGO:

Hemos estudiado el lado triste y el lado serio de la vida. Para acabar de cumplir lo prometido, réstame presentarte el lado consolador. La vida presente tiene de consoladora el ser el precio de la vida verdadera. Dadme un punto de apoyo, decía Arquímedes, y levantaré la tierra. El medio más poderoso de elevar el hombre hacia el cielo es *animarle* á que no se arredre de nada para conquistarlo; es mostrarle la verdadera vida, la vida que le espera al otro lado de la tumba.

Este espectáculo todo se lo hace posible, todo fácil. Cuando una vez lo ha visto, gusta